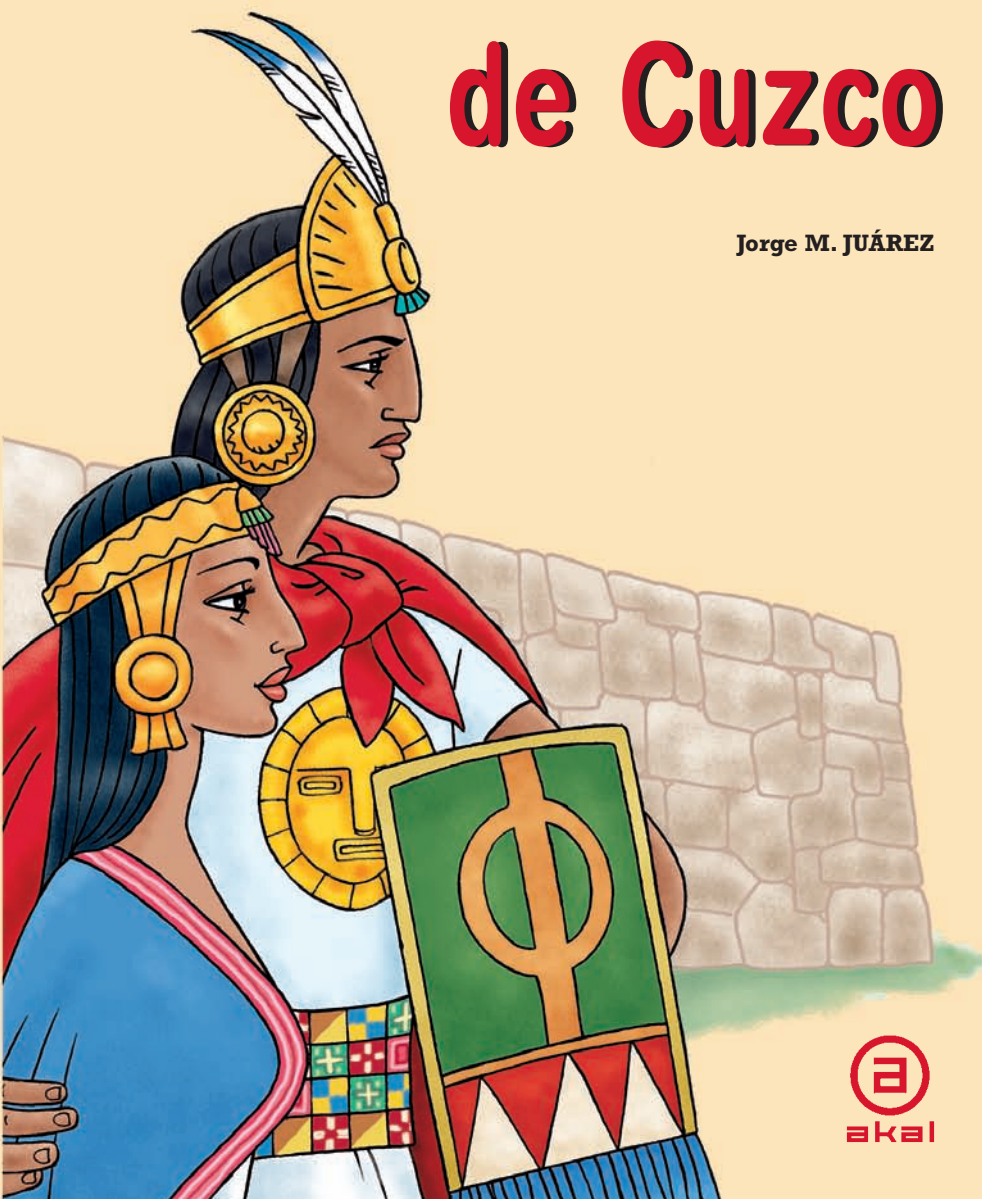


*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

El Inca de Cuzco

Jorge M. JUÁREZ



*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

El Inca de Cuzco

Jorge M. Juárez

Ilustraciones de
David Ouro



EN LA MISMA COLECCIÓN

Anne-Catherine VIVET-RÉMY

Agamenón y la guerra de Troya

Los viajes de Ulises

Los trabajos de Hércules

Edipo

Rómulo y Remo

Lanzarote y los caballeros de la Tabla Redonda

Teseo y el Minotauro

De Apolo a Zeus

Béatrice BOTTET

Isis y Osiris

Bruno DOUCEY

Moisés

Brigitte ÉVANO

Erik y Harald, guerreros vikingos

Florence LANGEVIN

Sherezade y las Mil y Una Noches

Anne-Marie ZARKA

Julio César y la guerra de las Galias

Magali WIÉNER

Jasón y el vellocino de oro

VALPIERRE

El cantar de Roldán

Josefina CAREAGA RIBELLES

Boabdil y el final del reino de Granada

Jesús Maire Bobes

Tirant lo Blanc

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

© Jorge M. Juárez, 2010

© de las ilustraciones, David Ouro, 2010

© Ediciones Akal, S. A., 2010

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 91 806 19 96

Fax: 91 804 40 28

www.akaleducacion.com

ISBN: 978-84-460-4917-3

Sumario

	<i>Páginas</i>
I.– Pachacutec.	5
II.– El ejército de tierra.	15
III.– El Coricancha	25
IV.– El secreto de Ollantay.	36
V.– La estrella de la alegría	43
VI.– La ira del Inca	53
VII.– La huida al Antisuyu.	63
VIII.– La rebelión del Antisuyu	72
IX.– La batalla de Ollantaytambo	81
X.– El nacimiento de una nueva estrella.	89
XI.– El joven Inca.	95
XII.– La trampa.	102
XIII.– La vuelta a Cuzco	110
XIV.– La llegada de la paz	117
Soluciones a los juegos.	126



Los *héroes clásicos* continúan apasionando a los jóvenes y a los adultos: sus aventuras, al mismo tiempo que dan a conocer las culturas antiguas o medievales, nos muestran de nuevo, de un modo simbólico, todas las situaciones típicas de la condición humana.

La colección *Para descubrir a los clásicos* permite descubrir a los jóvenes los grandes mitos que son el origen de nuestra cultura, y las epopeyas históricas de las grandes civilizaciones del pasado. Los libros presentan *textos originales* divididos en breves episodios ilustrados, fáciles de leer y completados con páginas de *juegos y documentación*.

Estas páginas permiten al joven lector:

- comprobar la *comprensión del texto* a partir de preguntas simples pero fundamentales sobre la acción, los personajes y el sentido de las palabras importantes;
- memorizar el *vocabulario* respondiendo a las charadas o resolviendo los crucigramas;
- hacerse con un *caudal de conocimientos culturales* gracias a la gran cantidad de informaciones relacionadas con la civilización, la cultura o el contexto histórico en el cual se inserta el relato.

Pachacutec



EL INMENSO SOL estaba a punto de aparecer por el horizonte de Cuzco, la gran ciudad imperial. Como cada mañana, el Inca Pachacutec había madrugado para contemplar desde su palacio el fin del dominio de la noche y el inicio del reinado del día. La leyenda decía que Pachacutec y toda su estirpe eran hijos de Inti, el Sol que azotaba todos los días el altiplano dominando los cielos igual que el Inca dominaba la tierra. Inti entregaba la luz y el calor necesarios para que todos los hombres y mujeres que habitaban el Imperio inca pudieran disfrutar de una vida en paz. Pero la paz acababa de llegar hacía muy pocas semanas, después de sofocar la última rebelión. El Inca recordó de pronto cuántas batallas tuvo que librar para conseguir esta preciada paz que ahora le parecía un milagro de los dioses. A la primera de todas ellas se había enfrentado hacía más de veinticinco años, con tan sólo quince de edad.

Por aquel entonces, su padre, el anciano Viracocha, era aún el Inca emperador y Urco, el hermano mayor de Pachacutec, el elegido para sucederlo como rey de todos los cuzqueños. Sin embargo, una oscura amenaza se cernía sobre los dominios de la familia imperial: la tribu de los chanca, rival de los incas desde tiempos inmemoriales, había decidido invadir Cuzco aprovechando la vejez de Viracocha y la inexperiencia de su heredero. Una noche, mil temibles guerreros chancas se desplazaron en la

oscuridad a la misma velocidad que lo hacen los pumas que cazan en esta parte de Los Andes. Al amanecer, la ciudad estaba ya sitiada por todos sus lados menos por uno, el de más difícil acceso. Cuando la noticia llegó a palacio, entre el nerviosismo de todos, Viracocha escuchó en el gran salón la descripción de su general. Tenía el gesto preocupado ante la mirada atónita de sus hijos Urco y Pachacutec.

—¿Cuántos guerreros hay tras las murallas? —preguntó el anciano Inca.

—Al menos mil, gran Inca. El jefe de todos ellos dice que si no entregamos Cuzco antes del anochecer, mañana llegarán otros mil y otros mil pasado mañana y mil más al día siguiente. Y así, cada vez que salga el Sol, un millar de nuevos guerreros vendrá al asedio, ¡oh, gran Inca!

—¿Con cuántos hombres contamos para enfrentarnos a esos salvajes? —quiso saber Viracocha.

—No más de doscientos que sepan manejar el arco y la maza. A todos los demás los envió el gran Inca hace dos lunas a explorar las lejanas montañas más allá del río Urubamba —respondió, cabizbajo, el general.

—¡Doscientos hombres valientes son más temibles que cinco mil alimañas! Debemos hacerles frente ahora mismo, padre —interrumpió Pachacutec levantándose enérgicamente de su asiento de piedra.

—Eres joven y valiente, Pachacutec —le calmó su padre—. Pero por esos dos motivos eres también temerario. Debemos meditar antes de actuar.

Viracocha permaneció callado unos instantes. Si fuera un hombre joven, habría salido de palacio y se habría enfrentado a aquella tribu de bestias él solo. Pero la realidad era que estaba cansado de luchar. Su vejez no le permitía decidir con claridad. ¿Qué solución podía haber para combatir a un número tan alto de soldados salvajes y sangui-



narios como los chancas? Si se decidían a hacerles frente, era muy probable que perdieran a todos sus guerreros. Por el contrario, si esperaban la llegada de refuerzos, los chancas serían cada día más y se harían invencibles. Tras guardar un largo silencio, Viracocha se decidió a hablar.

—Urco, hijo. Está escrito que tú seas el Inca de estas tierras en un futuro. Sin embargo, puede que ese futuro no exista para nosotros si los chancas avanzan y entran en la ciudad. Quizá haya llegado el momento de que tu juventud guíe a nuestro pueblo. Yo ya soy viejo y me corresponde descansar y esperar que la muerte me lleve con mis antepasados los dioses. Tú sabrás mejor que nadie qué decidir en esta situación.

Viracocha se levantó entonces de su trono y se quitó la borla roja, símbolo de poder que había llevado durante décadas. Se acercó a su hijo Urco y se la puso.

—Aquí, en el palacio de todos los dioses y frente al templo del Sol, yo te nombro Inca Urco de Cuzco —y, diciendo esto, se arrodilló. Lo mismo hicieron Pachacutec y el general.

—¡Que los dioses protejan al gran Inca! —dijeron los tres al unísono.

La gran responsabilidad que acababa de caer sobre los hombros de Urco hizo que el corazón le latiese mucho más rápido de lo habitual. Por fin llevaba la borla con la que tantos años había soñado y con ella podría dirigir a todos los habitantes de Cuzco. Por fin sería adorado por todos ellos, como había imaginado tantas veces. De pronto, bajó de la nube en la que se encontraba al recordar que había un millar de temibles chancas rodeando la ciudad en la que ahora reinaba.

—¡Oh, gran Inca Urco! —dijo el general—. ¡A ti nos encomendamos! Dinos, pues, qué quieres que hagamos y así lo haremos.

El nuevo Inca caminó de un lado a otro durante unos instantes pensando cuál podía ser el mejor modo de transmitir la decisión que acababa de tomar. Finalmente se detuvo, miró fijamente al general y le dijo:

—El lado oeste de Cuzco aún está libre, ¿verdad?

—Así es, gran Inca. Los chancas no han llegado allí todavía, pero no tardarán en ocuparlo —respondió el general.

—Por eso debemos actuar con rapidez —prosiguió Urco—, antes de que sea imposible la huida.

—¿Huida? —se sorprendió Pachacutec—. ¿Quieres que huyamos como ratas? Tu primera decisión no es digna de un Inca.

—Marcharemos a las montañas y esperaremos la vuelta del resto de nuestros soldados. Es imposible combatir con tan pocos hombres. Los chancas son guerreros muy bien entrenados. Si nos quedamos, moriremos todos.

—Si huimos, los chancas tomarán Cuzco en cuestión de horas. Arrasarán la ciudad y aniquilarán a todos los que encuentren a su paso. ¿Para qué quieres ser Inca si no tienes un pueblo que gobernar? —preguntó Pachacutec, enfurecido.

—Más vale un Inca sin reino que un Inca muerto —contestó Urco sin mirarle.

—Padre —Pachacutec se dirigió a Viracocha buscando su ayuda—, debes convencerlo. No podemos abandonar a nuestro pueblo a su suerte.

Viracocha se rascó la barbilla durante un momento. Se levantó y se acercó a su hijo más joven.

—El Inca de Cuzco ha hablado —dijo el anciano finalmente—, nosotros no podemos hacer nada que no sea obedecer sus órdenes.

—Que los dioses protejan al gran Inca —dijo el general volviéndose a arrodillar.

—Rápido —ordenó Urco—, no hay tiempo que perder. General, reúne a la familia real, que cojan sus pertenen-





cias. Trae también diez llamas, las más ágiles que encuentres. Antes de que anochezca saldremos por el oeste hacia el territorio de los aymara. Ellos nos darán refugio. El dios Sol Inti protegerá a nuestro pueblo mientras estamos fuera. Padre, ayuda a mi madre a preparar el viaje. Pachacutec, adelántate y asegúrate de que el camino está libre.

—El dios Sol Inti nunca ha protegido a los cobardes —contestó Pachacutec—, no voy a huir a ninguna parte. Si es necesario, combatiré yo mismo a todos los guerreros chancas, pero jamás le daré la espalda a mi pueblo.

—¿Cómo te atreves? —respondió, enojado, Urco—. No puedes hablarme así. Ya no soy tu hermano: ahora soy tu rey.

—No te reconozco como hermano y tampoco como rey. Marchad lejos de aquí y poneos a salvo. Yo haré frente a los invasores, aunque me cueste la vida.

—La vida te costará igualmente por desobedecer las órdenes del Inca —dijo Urco—. Si no tuviéramos tanta prisa, te mandarían ejecutar ahora mismo. Pero si tu decisión es morir a manos de los chancas, que así sea. Nuestro padre tiene razón. Eres un temerario.

Tras pronunciar estas palabras, Urco se encaminó hacia los aposentos reales junto a su padre, Viracocha. Salieron del gran salón y en él quedaron solos Pachacutec y el general.

Las enormes piedras del palacio acompañaron el silencio de los dos hombres. Ambos pensaron durante unos instantes en la amenaza que les sobrevinía. Afuera, cerca de las murallas, un millar de guerreros esperaban cualquier muestra de debilidad para acabar con la ciudad de Cuzco y someter a cada uno de sus habitantes.

—Señor —dijo el soldado—, sé que no puedo desobedecer las órdenes del Inca, pero no puedo huir y abandonar a mi familia.

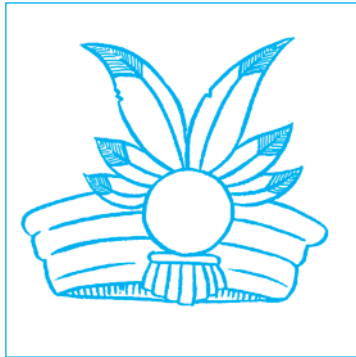
—Lo sé —asintió Pachacutec—: sé que eres valiente y nos serás de gran ayuda para combatir a esos salvajes. Debes

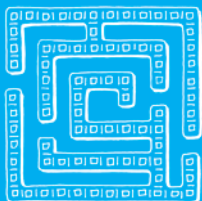


hacer lo que te ha pedido mi hermano. Después, vuelve a reunirte conmigo lo más rápido que puedas. Convocaremos a todos los hombres de Cuzco, aunque no hayan utilizado un arco en su vida. Los hombres que defienden su tierra son más peligrosos que los que intentan entrar en un país que no es el suyo. Encárgate de reunir el suficiente veneno para untar diez mil flechas, diez para cada guerrero chanca que intente entrar en la ciudad.

—Así lo haré, señor. ¿Hay algo más de lo que me pueda ocupar? —dijo, decidido, el general.

—Sí, valiente soldado. Ocúpate de prepararte para la mayor batalla que haya visto la tierra de Cuzco.





Juegos

— I —

Pachacutec



1 Prueba de lectura

¿Eres un lector atento? Señala la respuesta correcta.

1. ¿Por qué quiere Pachacutec atacar a los guerreros chanca cuanto antes?

- a Porque tiene prisa por convertirse en el nuevo Inca.
- b Porque su padre y su hermano se lo ordenan.
- c Porque cada día que pase llegarán más enemigos.

2. «El dios Inti nunca ha protegido a los cobardes.» ¿Quién pronuncia esta frase?

- a Pachacutec.
- b El general.
- c Viracocha.

3. ¿En qué país se encuentra hoy la ciudad de Cuzco?

- a Ecuador.
- b Perú.
- c Bolivia.

Vocabulario

Alimaña: el significado de la palabra «alimaña» alude a animales como el zorro o el gato montés, muy perjudiciales para el ganado. Sin embargo, también se utiliza para hablar de personas malas o peligrosas que no son de fiar.



Une con flechas los siguientes seis países que llegaron a tener tierras gobernadas por los incas con sus actuales capitales. Después encuentra los doce nombres en la sopa de letras.

- | | |
|-------------|----------------|
| Argentina • | • La Paz |
| Chile • | • Quito |
| Ecuador • | • Buenos Aires |
| Bolivia • | • Bogotá |
| Colombia • | • Lima |
| Perú • | • Santiago |

C	G	O	J	Q	C	G	A	O	T	S	M
O	P	E	L	U	F	S	N	A	E	O	C
L	T	C	H	I	L	E	C	R	A	C	T
O	A	U	S	T	M	O	I	G	K	P	S
M	T	A	I	O	D	A	B	E	R	A	L
B	W	D	H	L	S	Y	A	N	N	Z	A
I	R	O	D	O	L	M	I	T	L	L	P
A	U	R	N	A	B	O	L	I	V	I	A
V	P	E	R	Ú	C	F	O	N	X	O	Z
O	U	M	T	S	I	O	R	A	C	P	I
B	Q	P	S	A	N	T	I	A	G	O	E
O	E	P	L	G	T	A	B	N	O	E	S
F	R	B	O	G	O	T	Á	L	C	S	M